

MÁS QUE UN SIMPLE TRATADO SOBRE EL SANTO. Aproximación al libro *Martín de Porres. Santo de América* de Celia Cussen



Alicia Quevedo*

La publicación de un libro sobre la vida de un santo colonial podría pasar inadvertida para las ciencias sociales en una coyuntura como la actual. Gran parte de las últimas investigaciones sobre la Iglesia Católica se han dedicado a indagar acerca del poder político de sus autoridades, o sobre los delitos cometidos por varios de sus miembros. Además, el riesgo de pasar por alto este libro aumenta, si notamos que —por el título y diseño de la portada— podría confundirse con algunos textos religiosos que se suelen vender afuera de las iglesias.

Pero, si nos reponemos a esas primeras impresiones y analizamos su contenido, comprobaremos

que *Martín de Porres. Santo de América* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 2016) tiene una serie de virtudes que lo convierten en una lectura enriquecedora. El libro es, en principio, una exhaustiva investigación sobre un santo popular que, al mismo tiempo, ha sido relegado por nuestras ciencias sociales. Su autora —la historiadora chileno-estadounidense Celia Cussen— nos revela cómo, de acuerdo a las necesidades del contexto, se construye el significado de un personaje histórico. Con ello da forma a su riguroso estudio crítico sobre las implicancias sociales del culto a tan vigente figura religiosa.

El libro se divide en dos secciones: la primera parte empieza con los orígenes familiares de Martín

* Politóloga. Asistente de investigación del IEP.

y acaba con su funeral; en la segunda, se analizan las características que lo hicieron virtuoso, pasando por sus milagros y las representaciones iconográficas inspiradas en su vida, para culminar con el significado que se le ha dado, en tiempos más recientes, en diversas partes del mundo. Se trata de un libro con múltiples aristas que pueden abordarse de acuerdo a la perspectiva o intereses del lector. En esta reseña desarrollaré brevemente tres aspectos.

En primer lugar, es un texto que integra, como un rompecabezas, diversos datos e investigaciones sobre el santo, aportando de esa manera a los estudios históricos sobre personajes religiosos del Perú.

La investigación resalta que la creación de santos tuvo un marcado interés político para las autoridades en la América colonial. Estos cultos ayudaban a construir la idea de que también en estas tierras, al igual que en la metrópoli, se daban las condiciones propicias para que aparezcan mártires locales, como Santa Rosa o Francisco Solano. De esa manera, el culto religioso se vuelve un medio importante para implantar la moral católica desde Lima, ciudad que debía ser percibida como piadosa. Lo que consolida la devoción por estos santos a lo largo de los siglos –y, en especial, por Martín– son las cualidades que se les atribuyen, las cuales se reinterpretan de acuerdo a las demandas de los tiempos y contextos.

En el caso específico de Martín de Porres, el culto nace y crece, en gran medida, por tratarse de un “mulato”, nacido de madre ex esclava y padre español, orígenes que se vinculaban directamente con las poblaciones que la Corona esperaba “fidelizar”. Así, en la colonia, virtudes y dones del santo como la humildad, obediencia, bilocación o poder sobre la naturaleza resultaron propicios para asegurar la sumisión de indígenas, afrodescendientes y miembros de castas y favorecer así la “paz social” (p. 158).

En cambio, en tiempos de la segregación racial en los Estados Unidos, esas mismas cualidades ayudaban a transmitir el mensaje de que la Iglesia católica era universal. Una institución compuesta por múltiples razas que podía beatificar a un mulato sin mayores dilemas. De hecho, en los siglos XIX-XX, con el movimiento abolicionista y, en mayor medida, a partir de la lucha en diversas partes del mundo contra regímenes que legitimaban la discriminación racial, se le asigna al beato (convertido en santo en 1962) la personificación de la justicia social. Incluso llega a ser proclamado por el Papa Juan XXIII como “la vindicación de todos los oprimidos del mundo” (p. 256)

En los siglos XIX-XX, con el movimiento abolicionista y, en mayor medida, a partir de la lucha en diversas partes del mundo contra regímenes que legitimaban la discriminación racial, se le asigna al beato (convertido en santo en 1962) la personificación de la justicia social.

Un segundo punto a resaltar, son las referencias al contexto donde se desarrolla el culto a Martín, lo que revela evidencia valiosa para reflexionar sobre el rol de los afrodescendientes en la construcción de la identidad peruana y rescatar sus aportes. Es así que la divulgación de esta información sirve para cambiar percepciones negativas y generar reconocimiento hacia un grupo en condiciones de desigualdad. En ese sentido, el análisis que se hace sobre el don de sanación del santo nos brinda insumos para ello.

A pesar de que la estratificación social por castas no permitió a Martín de Porres dejar de ser un

“donado” para insertarse en la carrera religiosa, en su época hubo cierto margen para la movilidad social. Esto permitió a los afrodescendientes ganar experiencia y buena reputación en espacios importantes como la medicina.

Al respecto, la autora revela que durante el siglo XVII y principios del XVIII hubo mulatos inscritos en las cátedras de medicina en la Universidad de San Marcos. Además, un observador de la época remarcó que “cirujanos, sangradores y barberos de Lima eran virtualmente todos mulatos oscuros”. Este dato se refuerza con el testimonio de un cirujano de fines del siglo XVIII, quien dijo que “40 de los casi 60 cirujanos de Lima eran afroperuanos como él”. Se explica que esta importante presencia en una disciplina como la medicina se debe a las supersticiones acerca de las habilidades de sanación de los afrodescendientes y sobre la concepción de que era un trabajo sucio manipular el cuerpo después del diagnóstico. (pp. 107-108)

Un tercer aspecto más general sobre el cual nos permite reflexionar el libro es acerca del valor y validez de la construcción de símbolos políticos y sociales. A partir de lo expuesto sobre la figura de Martín, surge la pregunta de qué tan necesario es que una sociedad cuente con referentes para promover ciertos valores en los ciudadanos

El devenir histórico de San Martín de Porres nos permite reconocer la importancia que tuvo para suscitar cierto tipo de armonía y justicia social. A partir de esa idea me pregunto ¿qué tan importante es para un movimiento o sistema político generar una figura, no necesariamente religiosa, que encierre ciertas cualidades y que funcione como un elemento cohesionador y pedagógico? Tomemos en cuenta las particularidades de nuestra sociedad secularizada, con un Estado débil cuya autoridad es cada vez más difusa por la influencia

de distintos poderes. ¿Es posible la creación de dichos símbolos? ¿Qué tan relevantes son en un contexto como el actual? Estos cuestionamientos quedan para la reflexión y debate posteriores.

Un detalle del texto que puede pasar inadvertido son las pocas referencias bibliográficas a autores peruanos contemporáneos que hayan estudiado al personaje o algún aspecto relacionado. Alguien que no tiene necesariamente una formación en Historia podría preguntarse si es que en tiempos recientes no se ha trabajado algo digno de rescate sobre San Martín de Porres desde la academia peruana. Tal vez una pista para deducir esta aparente ausencia o desinterés académico por el santo es lo que la autora señala. En varias partes del mundo, sobre todo en EE.UU, se valora la figura de San Martín por ser patrono de la justicia social. Sin embargo, en el Perú su imagen pareciera que se ha quedado detenida en referencias coloniales al ser considerado como principalmente “un sanador generoso y efectivo” (p. 259).

Es evidente que el libro ha sido producto de un arduo trabajo. El resultado es un texto de utilidad no solo para personas interesadas en San Martín de Porres por motivos religiosos o históricos, sino también para todos aquellos que quisieran leer una buena investigación hecha por motivaciones académicas y personales. La autora reconoce implícitamente la riqueza de información y experiencias con las que cuenta nuestro país. Ventajas que al parecer no son aprovechadas con frecuencia, lo que da paso al desorden y al olvido. □

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Quevedo, Alicia. “Más que un simple tratado sobre el santo. Aproximación al libro *Martín de Porres. Santo de América* de Celia Cussen”. *Revista Argumentos*. Año 10, n.º 4 Diciembre 2016.

<http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/martin-porres-santo-america/>

ISSN 2076-7722

EL APRA INVISIBLE: RESEÑA DEL LIBRO “ESTE ES EL APRA, ¿QUÉ LES PARECE?” CRISIS Y PODER DESDE LA MICRO POLÍTICA APRISTA



Mauricio Zavaleta*

Moisés Rojas ha compuesto un libro importante. En “Este es el APRA, ¿qué les parece?” Crisis y poder desde la micro política aprista (Lima: Consensos y Estudios Sociales; Universidad Nacional Mayor de San Marcos), el autor nos adentra en la dinámica cotidiana del partido más longevo del Perú. El trabajo es extenso y tiene múltiples aristas, por lo cual en esta reseña discutiré tres aspectos que considero centrales: la propuesta teórica, la descripción etnográfica situada en la Casa del Pueblo y las lecciones que deja el documento sobre la institucionalidad partidaria.

* Antropólogo por la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco.

UN ACERCAMIENTO TEÓRICO A LA COTIDIANIDAD

Es difícil encontrar un antecedente al libro de Rojas en las ciencias sociales peruanas. El autor nos presenta un análisis etnográfico de la militancia aprista realizado durante casi tres años en la Casa del Pueblo y otros espacios de reunión partidaria, como mítines, canchas de fútbol o casas de “compañeros ilustres” donde se realizan tertulias. De manera reciente, diferentes investigaciones se han aproximado a las dinámicas internas de los partidos peruanos como los notables trabajos de Rodrigo Barrenechea sobre Alianza para el Progreso, Félix Puémape sobre el PPC y Adriana Urrutia sobre el fujimorismo. Sin embargo, la propuesta de Rojas se distingue de esta literatura en dos aspectos estrechamente vinculados entre sí.

En primer lugar, difieren en su carácter epistemológico. La literatura reciente sobre partidos políticos ha buscado, por lo general, establecer relaciones causales entre las dinámicas internas, la disponibilidad de recursos y la identidad política, entre otras variables; y sus patrones de formación, adhesión de sus miembros y desempeño electoral. Por el contrario, Rojas propone que la acción política es resultado de diversos elementos, en su mayoría circunstanciales, donde no existe un solo *locus* de agencialidad. De esto se desprende que el estudio de “lo político” debiera componerse del análisis de multiplicidad de asociaciones entre elementos de diferente naturaleza y jerarquía que influyen en la acción de los agentes.

Este acercamiento al estudio de la política lo lleva al uso de la etnografía como técnica de investigación. Si en los trabajos antes mencionados el “trabajo de campo” permite la construcción de variables útiles para explicar un fenómeno en particular o formular un modelo teórico, Rojas realiza la operación inversa: recurre a la interpretación de la teoría para analizar “la conexiones abiertas y heterogéneas que incidente en el comportamiento de los militantes apristas”. Los lentes escogidos por el autor para estructurar sus observaciones derivan de la propuesta sociológica de Bruno Latour, quien propone que para estudiar “lo social” es necesario tomar en consideración lo *no-humano* (los objetos) en tanto sus cualidades físicas y simbólicas contribuyen a generar vínculos con lo *humano* (los sujetos).

Así, Rojas nos invita a estudiar el APRA desde lo que llama “la política de la conexiones” entre las cosas (pañuelos, estrados, megáfonos, etc.) y los militantes que se ven influenciados por la regularidades generadas por estos. En el desarrollo del trabajo, Rojas muestra la importancia de estos elementos en la vida partidaria aprista, ya sea

para reforzar la adhesión al partido o para ejercer control sobre la militancia. En concreto, si existe una tesis central en el libro es la siguiente: el APRA ha creado un exitoso sistema regularidades basado en el uso de lo objetos, los cuales influyen de manera cotidiana en las prácticas partidarias.

ESTE ES EL APRA: PERFORMANCE Y JERARQUÍA

¿Es relevante el estudio de la cosas para aproximarnos a la política o, más precisamente, las conexiones entre los actores políticos y los objetos con los cuales interactúan? Es necesario tener en consideración que el conocimiento extraído desde esta aproximación metodológica genera poco espacio para la generalización. Las relaciones humanas con los objetos – independientemente de sus cualidades físicas – varían de acuerdo al contexto cultural, social o partidario, por lo tanto un análisis que se aproxime a la política con estas gafas teóricas brindará un conocimiento específico y situado, limitado al caso y al periodo en el cual se realiza la investigación.

En ese sentido, algunos partidos, gremios o municipios, solo para poner algunos ejemplos, serán más atractivos de analizar bajo esta perspectiva que otros. Y creo que Rojas acierta en identificar al APRA como uno de ellos.

Alberto Vergara dice que el APRA introdujo en el Perú al siglo XX: “Toda la racionalidad e irracionalidad del siglo XX cabía en el nuevo partido”, ha escrito. Aunque es difícil argumentar que Víctor Raúl Haya de la Torre copiase la rigidez ideológica de los movimientos que le inspiraron, sí fue fiel a sus formas. En uno de los pasajes del libro, Rojas nos recuerda la impresión que tuvo Haya sobre la simbología de los totalitarismos europeos, la cual buscó reproducir en el APRA. El autor nos muestra que esta teatralidad y parafernalia permanecen, y

son una constante en la cotidianeidad del partido. En su narrativa, Rojas muestra como los liderazgos son contruidos a través de una serie de materialidades: uso de traje, una postura específica; siempre erguida, el manejo altisonante del lenguaje; contruido con palabra poco comunes e incluso en desuso. Como sentencia Rojas, “[en el APRA] es más importante el “con qué se dice” (asociaciones empíricas en la comunicación, el medio) que el “qué se dice (el sentido en sí de un discurso, el mensaje profundo)” (p. 305).

Rojas nos recuerda la impresión que tuvo Haya sobre la simbología de los totalitarismos europeos, la cual buscó reproducir en el APRA. El autor nos muestra que esta teatralidad y parafernalia permanecen, y son una constante en la cotidianeidad del partido.

Esta performance – necesaria para ser tomado en serio dentro del partido – es exacerbada en los mítines, donde es acompañada por tecnologías de poder (no-humanos) que hacen de un mitin aprista algo más cercano a un concierto de Roger Waters que a cualquier expresión de la política peruana contemporánea: una maquinaria que se despliega en el momento preciso y busca sorprender, emocionar. Los apristas son los grandes administradores de la emoción en la política local.

Rojas compara los mítines y ciertos espacios dentro de la Casa del Pueblo (el Aula Magna, la Sala de las Banderas e incluso las aulas) con el teatro pro escénico, donde el espacio está organizado para el desarrollo de las performance de los líderes. Esta

no es una observación menor. El autor afirma que cuando se llega a la Casa del Pueblo se tiene la impresión de que se está en un colegio: se asiste a dicho espacios con el fin de oír la lección. Las bancas están dispuestas para que la comunicación sea difícil entre militantes y la atención se concentre en el escenario. El siguiente párrafo es de particular elocuencia:

La palabra esta territorializada. Quienes asisten ven solo lo que pasa en la mesa, el gran epicentro de todo. Desde aquí la dirigencia convoca a la militancia, pero solo para que ocupen el lugar de espectadores, como oyentes. La mesa aprista no es una mesa de conversación, sino una mesa que simboliza y materializa la jerarquía y el lugar desde donde emana la palabra, la agenda y las directivas (p. 190).

Si bien la Casa del Pueblo es el único local partidario de actividad permanente durante todo el año, el trabajo muestra que dista de ser un espacio de debate y encuentro entre la militancia. La distribución del espacio muestra un orden extremo, difícil o casi imposible de alterar, lleno de rejas y espacios restringidos meticulosamente controlados por la burocracia partidaria. Los espacios comunes, donde la militancia podría sentarse y conversar, están permanente empolvados y sin mantenimiento.

Debido a estas condiciones ecológicas, los militantes de base, particularmente los jóvenes, utilizan casas de compañeros reconocidos como espacio de encuentro, por ejemplo la de Rodrigo Mendoza, un discípulo hayista de la generación de Alan García; o de manera más reciente, las redes sociales.¹

¹ Al respecto ver Puémape (2016).

LA INSTITUCIONALIDAD APRISTA (AND BEYOND)

¿Nos dice algo la “política de las conexiones” sobre la institucionalidad del partido más antiguo del Perú? O, en todo caso ¿se pueden extraer lecciones del libro que trasciendan la propuesta teórica? Creo que sí. La etnografía de Rojas nos acerca a las regularidades del partido, que desde otra clave analítica puede ser leída como las reglas y procedimientos informales que permiten el funcionamiento del APRA como organización.

En ese sentido, nos muestra el conjunto de reglas socialmente aceptadas – no escritas en el Estatuto partidario – que hacen del aprismo el movimiento político más organizado del país, incluso a pesar de que su estructura orgánica se encuentre claramente disminuida. Sobre la base de esta observación, Rojas nos advierte lo siguiente: “una cosa es hablar de crisis de legitimidad de la institucionalidad y otra es hablar de crisis de la institucionalidad” (p. 308). Para el autor, el APRA no sufre necesariamente de una crisis institucional, sino que por el contrario, es una institucionalidad relativamente sólida pero de baja legitimidad entre la bases.

El trabajo es claro en mostrar que la disputa entre distintas tendencias o grupos en el partido carecen de sentido programático, lo cual impacta en una militancia desorientada, sin claridad sobre la posición del partido en los temas relevancia pública. Aunque el APRA siempre ha sido un partido controlado por un conjunto de élites de limitada

apertura, la ausencia de cambio ha impedido al partido adaptarse a los nuevos contextos. Dentro del partido “[Alan] García sigue administrando de manera eficiente el sistema de construcción de regularidades que lo mantiene – a él y a su élite – en la jerarquía más alta de la estructura vertical aprista” (p. 308) pero más pronto que tarde este status quo, traducido en la ausencia espacios de libre competencia (y debate programático) pueden empequeñecer aún más la organización; sobre todo ahora que el combustible de la locomotora García parece agotado.

Para finalizar, solo quiero reiterar que nos encontramos ante un libro que merece ser leído y comentado, el cual abre nuevos canales de diálogo entre diferentes disciplinas sociales. También recomiendo su lectura a los apristas, especialmente los jóvenes que buscan renovar el partido. Como una vez me dijo don Juvenal Nique, uno de los militantes alzados durante la Revolución de 1932: “sin una juventud aprista hoy no habrá APRA mañana.”

Este artículo debe citarse de la siguiente manera:

Zavaleta, Mauricio. “El APRA invisible: Reseña del libro “Este es el APRA, ¿qué les parece?” Crisis y poder desde la micro política aprista.”. *Revista Argumentos*. Año 10, n.º 4 Diciembre 2016.

Disponible en: <http://revistaargumentos.iep.org.pe/articulos/apra-invisible/>
ISSN 2076-7722